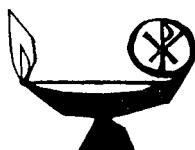


Antonio Moreno C., Pbro.

PARA UNA LECTURA CRISTIANA DE LA BIBLIA



Teología y Vida ha ofrecido en sus dos últimos números una serie de artículos destinados a ayudar a la lectura cristiana de la Biblia ya sea disipando algunos malentendidos respecto a la naturaleza misma de la Sagrada Escritura, ya sea introduciendo en la perspectiva, temas y lenguaje de los diversos libros. En este artículo queremos descender al terreno práctico de la lectura bíblica. Las dificultades que muchos cristianos encuentran cuando tratan de incorporarla en su vida de piedad nos permitirán hacer algunas consideraciones respecto al lugar que dicha lectura ocupa en la vida cristiana y dar algunos consejos.

Ya no estamos en los tiempos en que los católicos consideraban a la Biblia un "libro protestante". El renacimiento litúrgico, los movimientos laicos con sus "comentarios de evangelio", las "campañas bíblicas" en parroquias y misiones, con su amplia difusión de los textos bíblicos, han hecho que muchísimos católicos (podemos decir simplemente todos aquellos que están en contacto con algún movimiento de formación o apostolado) tengan su Biblia o al menos su Nuevo Testamento.

Eso no significa que todos los que tienen una Biblia la lean. La verdad es que todos los católicos con una cierta formación estiman deber tener una Biblia... que casi nunca leen. La causa está en que con mucha frecuencia no ha habido una seria preparación a su lectura. Las "campañas" del Evangelio se reducen con mucha frecuencia a "distribuciones" de los mismos en una especie de competencia con los distribuidores protestantes. Los "comentarios" de los grupos apostólicos suelen ser hechos sin suficiente preparación, de manera que las consideraciones son, más que extraídas del texto, prestadas a él por un esfuerzo de imaginación que recurre abundantemente a la acomodación y al alegorismo.

No dándose la necesaria preparación, los Libros Sagrados se caen de las manos de sus entusiastas lectores después de un tiempo no muy largo. En efecto, si la lectura de la Biblia comenzó como cierta curiosidad por lo que tiene de antigua, venerada y discutida, satisfecha o decepcionada la curiosidad será ubicada finalmente en la biblioteca en calidad de libro antiguo, venerado y discutido, para llenarse del polvo que suele ser la última suerte de tales obras. Si los comentarios (y dígame lo mismo de la meditación personal del evangelio) se reducen al esfuerzo de imaginación dicho, no tardará el cristiano en darse cuenta de que esa especie de juego intelectual no lo enriquece espiritualmente, en lo que tiene razón, porque él no está escuchando lo que dice Dios en la Biblia, sino haciéndole decir lo que él mismo ya posee.

Cuando hablamos de la necesidad de una preparación para la lectura de la Biblia, no pensamos en un estudio largo y complicado de especialistas. La Biblia no es un libro hermético e ininteligible. Sabemos perfectamente, por experiencia, que

muchas de sus enseñanzas, especialmente del Evangelio, son accesibles en una primera lectura. Las exigencias de caridad, humildad, pobreza, castidad, misericordia, etc. son comprensibles para los hombres de cualquier latitud y tiempo. Al fin y al cabo el hombre es siempre el mismo. Igualmente es claro que Jesús se proclama Mesías e Hijo de Dios y que su mensaje significa salvación del pecado y de la muerte eterna. Pero con esto hemos mencionado una temática que, por universal que sea en cuanto a su último significado, está expresada en categorías judías. Cualquiera ve, entonces, la conveniencia de entender esa predicación con la comprensión que tendría un judío de la época de Jesús. Eso exige una acomodación y un estudio.

I

CONDICIONES DE ORDEN ESPIRITUAL PARA LA LECTURA CRISTIANA DE LA BIBLIA

La lectura cristiana de la Biblia supone diversos factores. Comencemos por los de orden espiritual.

Se propone a todos los cristianos, en general, su lectura asidua, a lo largo de toda la vida. Ciertas personas tienen un libro fundamental que releen a lo largo de su vida. Cada cual tiene el suyo. En el caso de la Biblia se trata del mismo libro para todos.

Eso supone en ella una cualidad especialísima que la haga ser el "libro de la humanidad". Lo es en razón de su origen divino. De ahí que tal lectura de la Biblia no será posible a menos que parta de esa *visión de fe* que hace ver en ella la Palabra de Dios dirigida al Hombre, e.d., a cada uno de los hombres de todos los tiempos.

ACTITUD DE FE

En esa perspectiva de fe, la Biblia contiene para el cristiano la *Historia de la Salvación*. Un antiguo libro de leyendas cosmogónicas, relatos nacionales o tribales; una antigua colección de textos de sabiduría popular o de narraciones didácticas, se lee con curiosidad o por preocupación científica. En lo que la Biblia nos narra el creyente ve una historia dirigida por Dios con un fin salvador para la humanidad entera. La historia de Abraham no es, únicamente, la de un antiguo sheik; la de Moisés y la del Pueblo de Dios no contienen exclusivamente las peripecias de un pueblo que nomadiza entre Egipto y Palestina. Son episodios de un conjunto que en sí tiene una *finalidad*, una dirección, que en último término es Cristo.

Sólo quien así lea leerá cristianamente y podrá hacerlo con esa asiduidad que se supone debe ser la de la "lectura cristiana de la Biblia".

Una primera condición consiste, por lo tanto, en *formar la fe de los cristianos*.

Quien no tenga fe, desde luego, no podrá tener "lectura cristiana". Es obvio. A este respecto debemos cuidarnos de considerar la Biblia como un libro de apolo-gética, de "doctrina cristiana" o de explicación teológica. Si pensamos que alguien (salvo caso excepcional) se convertirá, o adquirirá la fe, leyendo la Sagrada Escritura, nos equivocamos. Hay quienes piensan así ya sea porque se imaginan que la

Biblia es como una “demostración” de la fe, ya sea porque piensan que su carácter divino se traduce en una especie de influjo misterioso y sobrenatural que produce “quasi ex opere operato” efectos saludables en el lector. Dicho concepto que tiene mucho de la “inspiración activa” de los protestantes, es manifiestamente falsa. El cristiano lee la Biblia (como cristiano) porque *ya ha creído* en Jesucristo, y esa fe se la ilumina.

Pero esto que es claro en lo que se refiere al no creyente, es verdad también para el creyente cuya fe no ha sido formada bíblicamente. Para que haya posibilidad de *lectura bíblica* será necesario que el cristiano vea que su fe contiene todas esas realidades bíblicas y no se limita a la recitación del Credo. Que su fe es la fe de Abraham, Isaac y Jacob; que viene en línea recta de los antiguos patriarcas y profetas. Que su fe es, sobre todo, la de los Apóstoles que creyeron en Jesús, Mesías, Hijo de Dios Salvador, como está contenida en los Evangelios, expresión de la fe de la Iglesia primitiva. Sólo así podrá alguien tener interés y perseverancia para ir desentrañando y asimilando esos valores de salvación contenidos en las actitudes de los santos del Antiguo Testamento, del Pueblo de Dios, en las enseñanzas de los sabios y profetas inspirados, en los ejemplos y enseñanzas de Cristo y los Apóstoles.

En resumen, la Biblia debe ser leída como la Historia de la Salvación. En ella se encuentran diversas experiencias religiosas correspondientes a las diversas etapas de esa historia que es progresiva y cuyo valor religioso permanente será inteligible para quien sepa entenderlas en el contexto histórico en que tuvieron lugar, y a la luz de la revelación perfecta de Cristo.

ACTITUD DE AMOR

Esa Historia no nos es contada para nuestra mera ilustración. El Evangelio, que es su centro y su cumbre, es la *proclamación* de la Salvación en Cristo, y tiene por finalidad producir una *adhesión*. Pero también el A.T. es un evangelio, puesto que también proclama, por una parte, las intervenciones salvadoras parciales y preparatorias de Dios en la Antigua Alianza, y por otra anuncia la salvación definitiva de los tiempos mesiánicos. La lectura cristiana de la Biblia llevada e iluminada por la fe, supone, por lo tanto, la actitud atenta, dispuesta, abierta, del que escucha para acomodar su vida y su acción a lo que Dios dice. En lenguaje bíblico diríamos que será una lectura “receptiva” (los que *reciben* la Palabra de Dios, Jn. 1, 10s). En otras palabras, es una lectura que brota del *amor*. “Bienaventurados los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica”.

ACTITUD DE ESPERANZA

Todavía debe recordarse, para ser completos, que la Sagrada Escritura debe ser leída en espíritu de esperanza, puesto que habiendo tenido acceso por la fe a la gracia de vivir en la amistad divina, “nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios” (Rom. 5, 1ss.), esperanza que significa para nosotros la posesión de los bienes escatológicos que constituirán nuestra perfecta y definitiva salvación. Esperanza que es el resultado de la fe, por la que creemos en un Dios que quiere salvarnos, y del “amor de Dios que ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu

Santo que nos fue dado" (Rom. 5,5). En el fondo nos encontramos con que es el Espíritu Santo, que es el Espíritu de Cristo, que hemos recibido por el Bautismo, el que nos permite "leer cristianamente" la Biblia; lo que equivale a decir, en la actitud de "*hijos de Dios*, producida en nosotros por ese Espíritu que nos hace decir "Abba — Padre" (Rom. 8, 15). Para entender a alguien es necesario estar en su *onda*. Aquí se trata de una onda divina para la que debemos ser *sintonizados* por el Espíritu de Dios.

La "lectura cristiana" de la Biblia supone, por lo tanto, una actitud interior profundamente teologal (animada por las virtudes de la fe, la esperanza y la caridad), que será conveniente reavivar, antes de la lectura, con un momento de recogimiento, por el que el lector se coloque en ese espíritu de oración que dicha actitud supone.

BAJO EL IMPULSO DEL ESPÍRITU SANTO

No solamente la Biblia nos narra la Historia del Pueblo de Dios (Israel— La Iglesia), sino que esos libros pertenecen de tal manera a ese Pueblo, que no se entienden sino *en él*.

Existen escritos que dependen tan íntimamente de una familia, de un grupo, de un pueblo, que no son inteligibles plenamente sino en función de las circunstancias familiares, etc., que los provocaron. Serán cartas, documentos, archivos, anotaciones, reflexiones sobre ciertos acontecimientos conocidos en el ámbito familiar o del grupo; notas sobre sucesos o frases especialmente significativos, etc. Sólo los entenderá, plenamente, quien pertenezca a esa familia o grupo, o de alguna manera haya adquirido *su espíritu*.

Por cierto que la Biblia no es una mera colección de ese tipo de elementos. En ella hay un conjunto de libros con plan y unidad; y ella misma tiene en su conjunto una gran unidad y finalidad. Pero está hecha con ese tipo de material: es el resultado de la vida y de la reflexión religiosa del Pueblo de Dios, de Israel primero, de la Iglesia después. La Biblia ha ido *creciendo* con el Pueblo de Dios así como el archivo familiar va creciendo con la familia. No es el *Libro del Pueblo de Dios* como podría serlo una "Historia de Israel" escrita retrospectivamente y, por así decir, desde afuera. Para escribir la "Historia de Israel y de la Iglesia" habrá que recurrir al archivo que es la Biblia, pero esta misma no es esa "historia".

Este Pueblo ha ido creciendo al impulso del Espíritu Santo. No se trata de un grupo cuya existencia se inscribe simplemente en el pasado, sino de un Pueblo que sigue viviendo, y gracias al mismo Espíritu: es la Iglesia. El Espíritu Santo, por lo demás, que está en el origen y desarrollo del Pueblo de Dios, se encuentra de una manera especialísima en la formación de los Libros Sagrados.

La "lectura cristiana" de la Biblia será, por lo tanto, la que se haga desde *dentro* de este pueblo o esta familia que es la Iglesia.

Por cierto que se puede escribir la "historia de Israel" o la "historia del Cristianismo" como fenómeno histórico, abordando las fuentes con una metodología científica. Eso, aunque legítimo y provechoso, no es la "lectura cristiana" de que hablamos. Demás está decir que ambas no se oponen. Simplemente la segunda va más allá que la primera; penetra más profundamente como resultado de una "simpatía" dada

por la participación del mismo espíritu, del mismo ambiente al que pertenecen los textos. Así como es muy diversa la lectura que de los archivos hace un miembro de la familia que “conoce” a los personajes familiarmente, que sabe reconstituir como instintivamente y no por un esfuerzo de erudición, el “clima” de cada uno de esos escritos.

De ahí que mientras mayor sea el espíritu “de Iglesia” del lector, mayor será su comprensión de la Biblia, y que sean falsas ciertas actitudes “biblistas” que significan, en algunas oportunidades, una independencia teórica o práctica de la Iglesia. Se ve el absurdo de ciertas actitudes rebeldes a la Iglesia o al margen de ella que pretenden justificarse por una “piedad bíblica”.

Así como quienes comprenden en primer lugar los documentos familiares son sus “autoridades”, sus cabezas, porque son los que poseen más perfectamente el espíritu y la tradición familiar, así, en la Iglesia, los primeros comprensos de la Biblia serán las autoridades de este Pueblo de Dios, las cabezas de esta Familia de los Santos, los que poseen en primer lugar y en plenitud el Espíritu de la Familia, los depositarios autorizados de sus tradiciones: el episcopado con el Romano Pontífice.

Pero la actitud eclesiástica de que hablábamos no consiste únicamente en la sumisión a la enseñanza de la Iglesia. No se trata solamente de aceptar las normas o interpretaciones que vienen del magisterio. No basta con no ir, en el comentario personal, contra ningún dogma cristiano. La “lectura cristiana” de la Biblia supone una *vida* en la Iglesia, un entroncamiento objetivo en la Historia de la Salvación que comenzada en Abraham se prolonga en ella hasta hoy día. Quien haya vivido las vicisitudes de esa Historia, participando en el movimiento producido por el Espíritu Santo, será capaz de entender “desde adentro”, en su sentido profundo, los episodios y enseñanzas bíblicos. Eso significa que la intelección de la Biblia depende del espíritu apostólico (en la forma que sea) del lector. Una actitud falsa sería la de justificar por una “piedad bíblica”, un aislamiento esotérico hecho de desconfianza frente a la Iglesia.

LECTURA COMUNITARIA DE LA BIBLIA

Ese espíritu eclesiástico será ayudado, indudablemente, por la *lectura en común*. Las reuniones o círculos bíblicos permiten realizar en concreto la comunidad cristiana en torno a la Palabra de Dios. Así se juntaba la antigua Sinagoga a escuchar y considerar las acciones de Dios con su Pueblo, y las comunidades cristianas primitivas a recordar los hechos y palabras de Jesucristo. Así nos juntamos aun hoy día en la Misa a escuchar (primera parte, o misa de los catecúmenos) la Palabra de Dios. Actualmente este tipo de lectura es posible gracias a la existencia de grupos apostólicos organizados en forma de “comunidades” que de hecho recurren abundantemente a la Sagrada Escritura. En ellos se evita el peligro de transformarse en grupos bíblicos desconectados de la acción apostólica de la Iglesia.

Una “comunidad” que en estos momentos necesita esa vivificación que puede venirle de la Palabra de Dios es *la familia*. La antigua costumbre de la lectura familiar de la Biblia ha caído en desuso. Las comunidades de A.C. y los equipos de Nazaret, leen y comentan el Evangelio, pero la familia como tal no lo hace. Es ese

un aspecto del apostolado o de la dirección familiar en el que se puede insistir con fruto.

Como resumen de este párrafo podemos decir: la lectura de la Biblia debe ser hecha como miembros del Pueblo de Dios, lo que significa, en primer lugar, animados por el Espíritu Santificador, llevados por las virtudes y los dones que de él proceden, sujetos a su Jerarquía; como consecuencia de ello, insertados en su historia, *comprometidos* en el momento actual de esa Historia salvadora. En ese sentido ayudará la *lectura comunitaria* que sea la de una comunidad verdaderamente viva, como son o deben ser las comunidades apostólicas, y, de una manera especial, la comunidad familiar. "Donde dos o tres estén reunidos en mi nombre, Yo estaré en medio de ellos".

II

LA LECTURA DE LA BIBLIA EXIGE PREPARACION

Pero esa actitud espiritual, aunque fundamental e indispensable, no lo es todo. La Biblia es también palabra de hombre (1).

Dios quiso hablar por medio de hombres y eso tiene sus consecuencias.

No volveremos aquí a lo que se dijo largamente en artículos del número anterior. Si la Palabra de Dios se nos ha dado por medio de ciertos autores humanos que, aunque inspirados seguían perteneciendo a su tiempo y a una cultura determinada, un mínimo de conocimiento técnico, de estudio metódico, es indispensable.

Por no reconocerlo, muchas veces el comentario personal o comunitario cae en la arbitrariedad y en esa especie de juego intelectual o imaginativo de que hablábamos más arriba.

¿Qué cosas debe conocer el lector para que su lectura sea inteligente?

En primer lugar tendrá interés en saber qué es este libro. Aunque sea de manera somera y general sabrá por qué lo llamamos "la Palabra de Dios", en qué sentido Dios es su autor, qué es la inspiración (2).

La Biblia tiene una historia humana. Ayudará a su comprensión el conocimiento de las etapas de su composición, gracias al cual se harán comprensibles muchas características de los libros bíblicos de otra manera desconcertante.

En algún momento parecerá conveniente aclarar, para más de algún lector, el problema del *canon* (¿cuáles son exactamente los libros sagrados? ¿por qué sólo esos?) y del *texto* (qué seguridad tenemos de poseer el mismo texto inspirado.)

En el plan de eliminar aquellos problemas que podrían dificultar o impedir una lectura verdaderamente provechosa de la Sagrada Escritura, será necesario, ocasionalmente, emprender el estudio más serio de tal o cual punto preciso (v.gr. la narración de la creación, por las dificultades científicas que suelen oponérsele; algún problema histórico, etc.).

(1) Cfr. el libro de J. Levie *La Bible, parole humaine et message de Dieu*, Paris, 1958.

(2) Ver el art. del R.P. José Fanoni, *La inspiración y la inerrancia de la Biblia*, en el número anterior de esta revista (*T. y V.*, vol. II, n. 3), pp. 139-152.

Puesto que la Biblia nos narra una *Historia* de Salvación, es *imprescindible* leerla con una perspectiva histórica. Para eso es necesario conocer al menos las grandes líneas de la Historia de Israel y del Nuevo Testamento, para saber insertar en su debido contexto histórico cada texto ya sea de narración, ya sea profético o doctrinal.

Cada lector de la Biblia es en cierta medida un *exégeta*, puesto que lo que pretende es, ni más ni menos, *entender* lo que dice el autor de la Biblia (Dios por medio del autor humano). Eso supone el esfuerzo de seguir el pensamiento del autor a través de su obra. Tal versículo no puede ser considerado en absoluta desconexión de lo que precede y de lo que sigue. Ningún libro, salvo las antologías, puede ser leído de esa manera, y la Biblia no es una antología. No parece bueno, por lo tanto, el sistema de abrir la Biblia "en cualquier parte" y leer tres o cuatro versículos sin referencia alguna al contexto. Eso podrá hacerse cuando se posea ya un conocimiento más o menos serio del conjunto, de manera que el versículo leído pueda ser, de hecho, entendido a la luz de todo el pensamiento o la teología del autor. Sin eso se corre el peligro de desfigurar o simplificarlo arbitrariamente y abusivamente.

Debe recordarse, en efecto, que cada libro es una unidad, que tiene un plan y una intención. También los evangelios, que no son, como alguno podría creer, una mera colección de dichos y recuerdos del Señor. Precisamente porque muchos no conocen los evangelios sino a través de una lectura fragmentaria (la de la misa dominical también lo es) jamás llegan a encontrar la línea propia de cada uno de los evangelistas, eso que constituye lo propio de su presentación del evangelio de Jesucristo. "En lugar de meditar o predicar sobre una palabra desarraigada, se colocará la palabra en la frase, en el contexto inmediato y en el libro, y el libro en su género literario, en su lugar y en su momento, en la intención y el alma del autor, en cuanto sea posible conocerlos" (3).

Por ese camino el lector llegará a descubrir los grandes *temas* que se desarrollan progresivamente a lo largo de la Historia del Pueblo de Dios hasta venir a desembocar en Cristo, en el que encuentran su realización perfecta y su unidad. Esto (que no será captado de ninguna manera por quien picotea en la Biblia y los Evangelios como en un florilegio de frases útiles para la piedad o para "adornar" la predicación) será el mejor fruto de una lectura continuada, histórica y asidua.

UNA LECTURA ASIDUA

Es otra de las condiciones de la "lectura cristiana" de la Biblia. La Biblia es el resumen de 20 siglos de Historia religiosa. (Desde Abraham hasta los Apóstoles). No podemos pretender que se nos entregue a una primera lectura. Ciertas palabras o episodios "nos llegan desde muy lejos, cargados de muchos sentidos, de reflexiones innumerables en capas superpuestas. Ningún texto de la literatura mundial presenta desde el punto de vista humano una riqueza tan asombrosa de perspectivas como la Biblia: se cree percibir una simple palabra, pero su eco puede resonar cien veces. Las

(3) G. Brillet, en *Initiation Biblique*, 3a. ed., Desclee, 1954, p. 1030. Ver lo que dice respecto a los sentidos bíblicos el R.P. Adalberto Metzinger en el número anterior de *T. y V.*, pp. 153-161.

experiencias religiosas de los siglos se han acumulado en ellos, y esas meditaciones infatigables, correspondientes a la inmensidad de la Palabra Divina, han terminado por conferir a su órgano humano una cierta infinitud correspondiente" (4). El lector bíblico tiene toda la vida para perforar esa capa de meditaciones inspiradas de la Palabra Divina que se ha formado en ciertos textos bíblicos.

Y, fundamentalmente, la Biblia es la Palabra dirigida al hombre, que, precisamente por venir de Dios llega a lo más hondo, a lo más verdadero de cada ser humano. Tenemos toda la vida para llegar al fondo de nosotros mismos (cosa nada fácil) guiados por esa Palabra de Dios siempre a nuestra disposición en los textos inspirados.

Con eso respondemos a una dificultad frecuente. Solemos escuchar esta queja: "el Evangelio no me dice nada", "no me llega"; "oír un comentario hecho por una persona que sabe, está muy bien, pero yo tomo el evangelio y no se me ocurre nada"; "¿debo seguir leyéndolo?". (Naturalmente el problema es más agudo cuando se trata del Antiguo Testamento).

La respuesta es sí. Siempre que se haga de la manera dicha y en la actitud espiritual descrita en la primera parte.

No tiene nada de extraño que los primeros contactos con la Sagrada Escritura desconcierten en cierta medida. Se necesita una mentalidad nueva. Como ya lo hemos dicho, algunos textos hablarán inmediatamente de la bondad de Jesús, de su misericordia con los pecadores, de su omnipotencia, etc. Pero las líneas más profundas de la *conducta divina* resultarán de una visión del conjunto, y eso exige una familiaridad con los textos (todos, los del Antiguo y los del Nuevo Testamento) que permita hacer relaciones.

La lectura hecha aparentemente sin fruto tiene la virtud de familiarizar con los textos que se van almacenando como frases y episodios en la memoria. Con ellos, poco a poco, se irá constituyendo el gran cuadro de la Acción Salvadora de Dios entre los hombres, en sus líneas al menos fundamentales. Poco a poco, por ese camino, el cristiano irá pensando bíblicamente; irá aplicando espontáneamente las enseñanzas de la Sagrada Escritura a las circunstancias de su vida. De pronto verá, sin reflexión especial, por una reacción vital de su espíritu movido por la gracia, que tal o cual situación se aclara por tal o cual palabra o ejemplo de algún patriarca o profeta, de algún apóstol o de Jesús. Esto no habría sido posible sin esas lecturas aparentemente infructuosas.

No hay por qué pensar que siempre, a raíz de la lectura bíblica, tiene que "ocurrírsenos algo" más o menos interesante u original. Lo que importa es *entender* lo que se lee (aunque en esa intelección iremos ganando en profundidad a cada nueva lectura) y aceptarlo generosamente con el ánimo de acomodar nuestra vida a la Palabra de Dios.

No parece que haya ocurrido diferentemente con los mismos Apóstoles. Du-

(4) H. Urs von Balthasar, en *Parole de Dieu et liturgie*, Lex Orandi, Paris 1958, p. 83.

rante tres años anduvieron con Jesús escuchándolo y observándolo, y ciertamente no pasaban el día “sacando conclusiones” de cada una de sus palabras o acciones. Simplemente recibían todo eso con amor. Pero ese tesoro así acumulado a lo largo de una frecuentación de Cristo en la que deben haber conocido el desaliento y el desconcierto de la incompreensión en más de una oportunidad, se organiza, se ilumina, cobra *todo* su sentido con la efusión del Espíritu Santo después de la Resurrección.

Igual cosa sucederá a cada cristiano en ciertos momentos, con la condición de que la frecuentación de Cristo por medio de la Escritura sea igualmente inteligente, generosa y animada por el amor.